

# LAS CANCIONES DE LA NOCHE

## I

Una noche rumorosa y palpitante,  
de humedades aromáticas cargada,  
una noche más hermosa que aquel día  
que nació con un crepúsculo de nácar,  
y medió con un incendio del espacio,  
y expiró con un ocaso de oro y grana...

Una tibia clara noche melodiosa,  
impregnada de dulzuras elegiacas  
que caían mansamente de los cielos  
en los rayos de la dulce luna blanca,  
por el seno de los montes  
triste y sólo yo vagaba,  
con el alma más vacía  
que el abismo de la nada.

Y los coros resonantes de la noche,  
con sus músicas de oro me cantaban  
la canción de la *Tristeza*  
de las almas solitarias.

Yo era un hongo de los valles de la vida,  
yo el cadáver de mi raza,  
yo una sombra que pasaba por el mundo  
sin dejarle ni la huella de mis plantas,  
ni los trozos de mi carne redivivos,  
ni la imagen de la mía en otras almas,  
ni los nidos de mis goces,  
ni los charcos de mis lágrimas...

Yo era sombra, yo era muerte,  
yo era estéril movimiento sin sustancia...

¡y por eso los rumores musicales  
de la noche misteriosa me cantaban

la canción de la *Tristeza*,  
pobre idioma de las almas solitarias!

## II

Otra noche, tan hermosa como aquella  
de armonías y perfumes empapada;  
otra pura casta noche rutilante,  
presidida por solemne luna diáfana  
que inundaba los abismos infinitos  
con el polvo de su mansa luz fantástica,  
triste y sólo, como siempre,  
por el seno de los montes yo vagaba.

Y á la puerta de la choza de un cabrero  
se empaparon mis pupilas fatigadas,  
en la mística visión de un niño hermoso  
que dormido y sólo estaba  
sobre rústica camita  
de olorosa yerba blanda.

¡Oh, qué hermoso, qué sereno, qué divino!  
Era el ángel, era el alma  
de la choza miserable,  
de la choza solitaria.

¡No era mío, no era mío!...

Era el beso de las almas que se enlazan,  
era el fruto de los cuerpos que se juntan,  
y las savias que se funden con las savias...

¡era el premio merecido  
por los séres que se aman!

¡Cuánto diera por tocarle aquella frente,  
por besarle la carita sonrosada!...

¡Qué tranquilo! Los rumores de los montes  
con magnífica armonía le arrullaban,  
y las brisas de la noche misteriosa  
le tocaban con las puntas de las alas,  
y los rayos amorosos de la luna  
le caían como besos en la cara...

Yo me puse de rodillas

ante el ángel de la choza solitaria,  
 cual sediento caminante  
 que se inclina sobre el agua;  
 y alarmado como hambriento ladronzuelo  
 que á unos pobres la limosna le robara,  
 puse el beso más sublime de mi vida  
 sobre aquella frente blanca.

¡No era mío, no era mío!...

Pero el beso me quemaba las entrañas,  
 y la noche se me puso más hermosa,  
 y al unísono sus coros me cantaban  
 con el ritmo de la vida  
 la canción de la *Esperanza*.

¡Yo sentía, yo vivía,

yo quería, yo esperaba!...

Si tuviera el cuerpo herido,

si tuviese muerta el alma,

no sintiera ni los besos de la vida,

ni el placer de derramarla...

¡Dios que creas! Dame dichas como aquellas  
 como aquella de la choza solitaria!

.....

Y los coros musicales de la noche,

no callaban, no callaban...

### III

Y otra noche, de seguro tan hermosa  
 como aquellas ideales noches blancas,  
 arrulladas por el ritmo de los mundos  
 y pobladas por los sueños de las almas,

—¡de las almas pensativas,

de las almas resignadas!—

á la puerta de la choza del cabrero,

cuyas dichas exquisitas yo envidiaba,

se quedaron medio ciegas

mis pupilas espantadas...

¡Muerto estaba el pobre ángel

de la choza solitaria,

y su madre estaba loca,

y su padre mudo estaba!

Y los rayos funerales de la luna  
le caían amorosos en la cara,  
su carita transparente,  
que era blanca, que era blanca  
como el ala de los cisnes del estanque,  
como el ampo de la nieve inmaculada,  
como el seno de las vírgenes del templo,  
como el mármol de las tumbas y las aras...

Yo me puse de rodillas ante el ángel,  
é inclinando la cabeza atormentada,  
como víctima medrosa y dolorida  
que presenta el cuello al hacha,  
puse el beso más amargo de mi boca  
sobre aquella frente blanca,  
dura y fría como el mármol  
de las rígidas estatuas funerarias.  
¡Y sentí que de repente  
se me helaron las entrañas!  
Era el frío del terror á lo futuro  
quien me dió la puñalada;  
era el miedo á los dolores infinitos  
que á los padres de aquel ángel destrozaban...

Y gemí como un cobarde,  
y gocé como un perverso sin entrañas,  
con la muerte repentina  
de mi última esperanza,  
que dejaba conjurados los peligros  
que mi instinto de cobarde presagiaba...

¡Fuga estéril! ¡Tú iniciastes  
el principio del reguero de mis lágrimas!

Todo el peso de aquel ancho cielo plúmbeo  
gravitó sobre mi alma,  
y dejómela el delito como antes,  
más vacía que el abismo de la nada.

Y le dije á la harmonía de la noche:  
—¡No me cantes la canción de la *Esperanza!*  
¡Canta el salmo del *Dolor* inapelable,  
que es castigo de las almas solitarias!